

MARÍA ANTONIA PARÍS
UNA MUJER
DEL SIGLO XIX

JESÚS
ÁLVAREZ GÓMEZ,
cmf

Una mujer de nuestra tierra

A las 9 de la mañana del 17 de enero de 1885 — hace hoy exactamente un siglo — moría aquí, en Reus, la Madre MARÍA ANTONIA PARÍS DE SAN PEDRO. ¿Quién fue esta mujer para que en un día como hoy, a los cien años exactos de su muerte, se hayan congregado en homenaje hacia ella gentes provenientes de toda Cataluña, de muchas otras regiones de España, e incluso de naciones tan diferentes y distantes como el Zaire y el Japón, Argentina e Italia, Colombia y México, Venezuela, Honduras y Panamá, Estados Unidos y Portugal?.

Si la Madre María Antonia París de San Pedro, a los cien años de su muerte, ha tenido esta capacidad de convocatoria no se debe ciertamente al simple hecho de que su tumba se encuentre aquí, a unos cientos de metros de distancia de este **Centro de Lectura** de Reus. Esa tumba, esos restos mortales han tenido y siguen teniendo capacidad de convocatoria porque María Antonia París de San Pedro tuvo también capacidad de convocatoria a lo largo de su vida, porque fue, sin duda, una personalidad importante del siglo XIX español. Pero ¿dónde radica la verdadera importancia de esta mujer?.

Para determinar el grado de importancia de alguien que vivió antes que nosotros, hay que empezar por averiguar cuál fue su género de vida: Qué hizo, cómo lo hizo, dónde lo hizo y cuáles fueron sus motivaciones. En la respuesta, lo más exacta posible, a esas preguntas podremos descubrir el **hilo conductor** o la **clave interpretativa** que nos despeje las incógnitas de la misión de María Antonia París de San Pedro en el mundo y en la Iglesia de su tiempo.

La multiforme variedad de los santos

Una primera y fácil respuesta a todas esas preguntas — puesto que sabemos que los procesos de Beatificación y Canonización se hallan ya bien encauzados en Roma — podría ser que María Antonia París de San Pedro fue, sin que pretendamos adelantar el juicio de la Iglesia, una mujer eminente por su **santidad**. Pero con esta respuesta — con ser ya de por sí muy significativa — no aclararíamos suficientemente nuestras preguntas. Porque la santidad, como conjunto armonioso de virtudes cristianas aunque sean practicadas en un grado que solamente una élite está en situación de alcanzar, entraña una casi **desesperante uniformidad**. En este sentido, nada expresaría mejor la **fisonomía del santo** que esos **iconos hieráticos**, idénticos en la pose, en el gesto, en los pliegues de los vestidos, donde la **individualidad** se dibuja vagamente sobre los rasgos de los rostros, hasta el punto de que le recuerden a uno aquellas **monótonas hileras** de las **mil estatuas de Buda** del famoso Templo japonés de Nara.

Sin embargo, en el conjunto de los santos cristianos reina una **gran variedad**. La santidad no tiene como efecto necesario el nivelar las condiciones de vida ni los caracteres y, mucho menos, suprimir la personalidad de quienes se adentran por sus sendas. La santidad pertenece a todos los tiempos y a todas las latitudes; y se adapta maravillosamente a todas las contingencias por las que pueden atravesar los hombres. Dentro de un mismo grado de amor a Dios y al prójimo, qué contraste entre unos santos y otros. No es lo mismo San Francisco de Asís que San Ignacio de Loyola, el Santo cura de Ars que San Antonio María Claret, Santa Teresa de Jesús que la Beata Sor Ángela de la Cruz. Porque las circunstancias de tiempo y de lugar de unos y de otros santos son diversas y los temperamentos también: unos son **ascetas**, otros **contemplativos**, otros son hombres y mujeres de **acción**, y no faltan quienes, como sería el caso de la Madre María Antonia París de San Pedro, son **contemplativos en la acción**.

Por otra parte, los autores que nos cuentan las vidas de los santos, suelen hablarnos de aventuras, de milagros, de heroicidades, de situaciones muy extrañas. Con frecuencia dan la impresión de que los santos fueron tales por todo un conjunto de elementos que son más dignos de admiración que de imitación. Así, sabemos que San Simeón era llamado el **estilita** porque se pasó cuarenta años ininterrumpidos subido en lo alto de una **columna**; que San Simón el **Idiota** hacía tales cosas que rayaban con la frontera de la locura y de la idiotez; que algunos se hicieron emparedar, y que otros ayunaban ininterrumpidamente y durante la Cuaresma no comían nada más que las migas de pan que podían sacar con la mano cerrada a través del cuello de una ánfora bien estrecha; y que otro se fustigaba con tal ardor con el látigo de sus disciplinas que la piel se le endureció de tal modo que sus contemporáneos lo llamaban el **acorazado**.

Ellos fueron santos así; pero si de semejantes acciones dependiera la santidad o la verdadera grandeza de una persona, tendríamos que afirmar que la grandeza y la importancia de la Madre María Antonia París de San Pedro habría sido más bien menguada, porque, su vida fue extremadamente sacrificada, no participo ni se exhibió en ningún **campeonato ascético** como era frecuente entre los ascetas de los desiertos egipcios de los siglos IV y V.

Cuando abundan las preguntas y escasean las respuestas

Entonces, ¿qué hizo esta mujer?. Empecemos por el principio. Antonia París nació en Vallmoll el día 28 de junio de 1813. y ya sabemos que murió el 17 de enero de 1885. Son, por cierto, dos fechas evocadoras de todo un mundo de ideas y de acontecimientos. Entre estas dos fechas se plasma lo más nuclear de la moderna historia de España. El siglo XIX fue una de esas épocas de la historia en las que la caravana de la humanidad parece acelerarse, obligando a sus protagonistas a permanecer constantemente con el alma en vilo. Son tiempos en los que, por estar intentando subir a la superficie una realidad humana nueva, las preguntas y los problemas se plantean a borbotones mientras que las respuestas adecuadas escasean. Son tiempos en los que resulta difícil orientarse en medio de la tupida red de caminos que se entrecruzan. Será necesario, por tanto, que nos detengamos a explorar esos caminos y a perfilar el marco dentro del cual se movió nuestro personaje, porque si María Antonia París de San Pedro nació, según su propio decir, para **HACER FÁCIL EL CAMINO A LOS DEMÁS**, mal podríamos explicar sus afanes y sus respuestas si no conocemos los problemas en que ella se vio envuelta.

Si quisiéramos sintetizar en muy pocas palabras toda aquella conmoción de los espíritus que caracterizó el siglo XIX, podríamos decir que todo se debió al resquebrajamiento de los pilares fundamentales en que se sustentaba el Antiguo Régimen. Y cuando aquí empleamos la expresión **Antiguo Régimen**, no nos referimos exclusivamente a la realidad socio-política, sino también a la realidad socio-cultural y socio-religiosa. Es decir, se trata del hundimiento repentino, revolucionario, de todo el **antiguo sistema de valores** y de **creencias** que había servido de soporte al modo de ser, al modo de hacer y al modo de situarse del hombre occidental frente a Dios, frente a los demás hombres y frente a las realidades materiales. Fue un **despertar** o un **estallido de locura**, según se mire o según quien lo pinte, que, como decía Kant, hace salir al hombre de su **minoría de edad** para llevarlo de repente a la **adultez**, para que el hombre se valga por sí mismo sin necesidad de autoridad alguna anterior.

El peso angustioso de unas estadísticas

La onda expansiva de las ideas ilustradas que desembocaron en la Revolución Francesa de 1789 llegaron a España con bastante retraso. Por eso mismo, la revolución de los espíritus en España no fue un hecho repentino, sino un movimiento lento que acabará afectando a todos los estratos sociales y a lo largo de todo el siglo XIX. El «subsuelo español» ofrecía terreno muy propicio al fermento revolucionario. Valgan estos datos escuetos. Al comienzo del siglo XIX en España:

- Casi un 90 % de la población era analfabeta.
- El mundo laboral al que aún no había llegado la revolución industrial, aunque ya se estaban dando los primeros pasos en Cataluña, contemplaba a un **jornalero industrial** ganando 11 reales de sueldo por 12 horas de trabajo.
- La condición de los **jornaleros del campo** era todavía más dramática, pues por 16 horas de trabajo se le pagaba en los meses de recolección 12 reales de sueldo; cantidad que descendía a 2 reales en los meses de invierno.
- De los 37.000.000 de hectáreas cultivables, solamente una mínima parte correspondía a la mayor parte de los españoles. Se distribuían así:
 - 17.000.000 de hectáreas se las repartían 1.323 familias NOBLES.
 - 10.000.000 hectáreas pertenecían a los 23.000 HIDALGOS.
 - Los 10.000.000 restantes correspondían al resto de los españoles, algo así como unos 9.500.000 de habitantes.
- El 85 % de la población española vivía de la **agricultura**.
- El 15 % restante vivía de los **servicios**.
- Había 150.000 **mendigos** contabilizados.

— Eran muy pocos los dedicados a la **industria** y al **comercio**, tan floreciente por entonces en Inglaterra, Francia y Alemania.

El despertar industrial en Cataluña

Justo es reconocer que fue Cataluña la región pionera en la industrialización y en el comercio, superando a base de coraje y esfuerzo la mala fama que tenía en un «país de aristócratas» como España. Es sintomático el hecho de que cuando aparecieron los FABRICANTES en Cataluña, no se sabía como catalogarlos. Y así, en el catastro fueron inscriptos bajo la rúbrica de «VAGOS». Pues bien, de estos «vagos», como dice Vicens Vives, debía salir el porvenir de toda la nación. En 1772 se fundó en Barcelona la **Compañía de Hilados de Algodón**, de capital importancia para el futuro desarrollo de la región catalana. La burguesía catalana estaba en marcha. Refiriéndose a esta burguesía decía el mismo Vicens Vives: «El siglo XIX españoles caracteriza por el impulso de una minoría para lograr un nivel técnico y una riqueza cada día mayores». Cataluña fue, en efecto, donde la burguesía se desarrolló con mayor rapidez y adquirió, en sus orígenes, mayor importancia social. El hecho de que en España no hubiera otra región como Cataluña, en la que el comercio y la industria textil había impuesto una tabla de valores parecida a la de los demás países de Europa, fue la causa del **fracaso liberal de Cádiz** (1812), porque sin **Burguesía** el **Liberalismo** estaba condenado a desaparecer por el Absolutismo de Fernando VII.

En un país como España donde a principios del siglo XIX había más conventos que escuelas, más cofradías que tiendas y más tabernas que farolas, como dice el mismo Vicens Vives, la aventura de la Burguesía catalana representa el esfuerzo más sincero, ardoroso y constante que jamás se haya realizado en toda la geografía ibérica para situar a un país y a una sociedad al nivel de la civilización capitalista del Occidente europeo. Baste considerar a este respecto que en 1805 la industria textil catalana y más concretamente la barcelonesa daba trabajo a unas 10.000 personas. En Barcelona había 285 talleres dedicados a la confección de medias de seda; en Olot se abrieron 25 fábricas; 18 en Berga, Mataró fue una pequeña réplica de Barcelona; y Tarrasa y Sabadell se convirtieron en emporios de riqueza.

Napoleón juega a cambiar los mapas de Europa

Pero, por otra parte, España entera, empezando por la misma Cataluña, experimentó un furioso vendaval que arrasó en buena medida, a lo largo del siglo XIX, las tradiciones más arraigadas, aunque inicialmente contribuyó a un poderoso afianzamiento de los ideales de **Patria, Rey y Religión**. Nos referimos, naturalmente, a las **invasiones napoleónicas**, las cuales demostraron algo que las modernas Agencias de Turismo han aireado a fin de atraer franceses, ingleses y alemanes, en una invasión pacífica bien diferente de la invasión de 1808. El Mariscal francés Bessieves escribió: «Los españoles son como los otros pueblos y no forman una clase aparte». Pero se equivocó de medio a medio al hacer los cálculos de la invasión militar basándose en ese presupuesto. Porque las medidas que a los ejércitos de Napoleón le dieron buenos resultados en el resto de Europa, fallaron estrepitosamente al querer aplicarlos más acá de los Pirineos.

En efecto, Napoleón se encontró en España con esta tremenda paradoja:

— Era objeto de odio por parte de quienes aparentemente tenían más motivos para recibirlo como un Mesías-Liberador. Fue rechazado abiertamente por las masas populares a quienes él pretendía liberar de la opresión del Antiguo Régimen.

— Fue bien recibido por la Nobleza contra la que Napoleón luchaba en su afán de erradicarla del suelo europeo.

Napoleón se encontró en España con que el pueblo llano tenía muy escaso interés en ser liberado de su **arraigado sentido patriótico** y de su **profundo sentido religioso**. Decididamente, los españoles eran diferentes del resto de Europa. Se evidenció esta diferencia cuando Napoleón puso por Rey en el trono de Madrid a su hermano José, el cual muy pronto se convirtió en objeto de burla en toda España. El sentir popular lo bautizó como **Rey Plazuela**, como **Pepe Botella** y como **Tío Copas**. Y aunque D. José Bonaparte no era en realidad demasiado aficionado a empinar el codo más de lo debido, sí era propenso demasíadamente a levantar la **botella del Despotismo Ilustrado** que intentaba imponer a los españoles contra su voluntad.

Con las invasiones napoleónicas empezaron a temblar en España **curas** y **frailes**. Los españoles empezaron a ver lo nunca sospechado: Conventos y Templos cerrados por orden de los franceses; y, sobre todo, frailes, muchos frailes exclaustrados. La influencia de la Iglesia y, sobre todo, era tan ostentosa en España que

los **franceses** y algunos **españoles afrancesados** quisieron liberar al pueblo español del **rigor** y de la **esclavitud** de la Iglesia y de las Órdenes Religiosas.

Cuando se abrían las puertas del mundo moderno

Cuando María Antonia París nace en Vallmoll, los franceses se baten en retirada después de dejar bien marcada su impronta en Tarragona, ciudad de la que su madre, viuda desde hacía unos meses, tuvo que ausentarse por temor a las represalias de los franceses. Aunque, apenas un año después del nacimiento de María Antonia París, Napoleón será vencido definitivamente en Waterló y se intentará en el Congreso de Viena (1815) borrar todos los efectos de la Revolución francesa y de la Era Napoleónica, se puede afirmar en verdad que la Historia ya no podía dar marcha atrás a los ideales de **Libertad, Igualdad, Fraternidad**. Así pues, en el momento de ver la luz primera la hija póstuma de Francisco París, giran sobre sus goznes las puertas que cierran una etapa en la historia de la civilización europea y se abren unas puertas nuevas para Europa y para el mundo: El **mundo moderno**.

La infancia de María Antonia París se desliza en medio de la conmoción que causaron primero los **entusiasmos liberales de las Cortes de Cádiz**, bien pronto frustrados por el **Absolutismo** de Fernando VII. El Liberalismo tendrá un respiro en el Trienio Liberal (1820-1823), pero sucumbirá aplastado por las fuerzas reaccionarias durante la **Década ominosa** (1823-1833).

«No és mal fer vots»

En sus años juveniles ratifica María Antonia París sus inclinaciones infantiles hacia la Vida Religiosa. No todas las vocaciones están rodeadas en su primer despuntar de signos y de prodigios. Vocaciones hay que se van filtrando como las luces de la aurora, entre los postigos entornados del alma. Poco a poco, insensiblemente, cuando uno a penas se da cuenta se está ya entre los esplendores radiantes del sol del medio-día. Así imperceptiblemente se fue abriendo camino en el alma de María Antonia la luz esplendente de la vocación religiosa, como una **íntima ley de gravedad** que impulsa necesariamente hacia el centro de la vida donde mora Dios. María Antonia París no se contentaba con el agua en sus derivaciones. La quería beber en su afluencia más límpida y original. A esas alturas fue conducida primero por la mano de los Franciscanos de Escornalbou que predicaron misiones por el año 1827 en Tarragona. María Antonia París ha leído alguna de las hojas volanderas que dejan caer los Franciscanos después de sus predicaciones. Algunas como ésta en la que se fomentan los votos particulares:

«No és mal el fer vots
en forma deguda,
¡al mèrit ajuda
el cumplir-los tots
de Déu freqüentement
per fugir del foc
de l'etern turment.»

Y María Antonia París hace voto de castidad en plena juventud, como un anticipo de la deseada profesión religiosa en alguno de los varios conventos de Tarragona. El Dr. José Caixal, aquel joven profesor de la Universidad Cervariense, nombrado Canónigo de la Catedral de Tarragona y después Obispo de Seo de Urgel, será una de las varias personas que animarán a Antonia París a seguir los caminos de Dios, admirándola, elevándola y, sin duda también, aunque sin querer, clavándola un poco en esa cruz que pretenden ayudarla a llevar sobre los hombros.

Una mujer andariega

Diez años en el Convento de la Compañía de María de Tarragona en calidad de aspirante, ya que las leyes contra las Órdenes Religiosas impiden la profesión de nuevas candidatas, le servirán de buen entrenamiento para cuando pueda dar cumplimiento a los designios que Dios tiene de ella para fundar una **Orden nueva, nueva no en la doctrina sino en la práctica**.

Será el gran misionero catalán, San Antonio María Claret, quien apenas nombrado Arzobispo de Santiago de Cuba, la llamará para fundar en la perla del Caribe la Congregación religiosa que Dios le había inspirado. Unos años en Cuba y después a la Conca de Tremp, a Tremp concretamente, para fundar en España la primera Casa del Instituto (1859), después Reus (1867), después Carcagente (Valencia) (1875), para regresar a Reus (1879) donde pasaría los últimos años de su vida, hasta morir el 17 de enero de 1885.

Dicho así, parece una vida sencilla, muy sencilla. Pero la vida cristiana no tiene que ser complicada en sí misma. Y, en efecto, no resulta difícil hacer emerger, con sencillez evangélica, el **ser**, el **hacer**, la **misión** de María Antonia París de San Pedro. La grandeza de una persona está en la fidelidad a los designios de Dios sobre ella. Y la fidelidad de esta mujer fue una fidelidad a toda prueba en el cumplimiento de la misión a la que Dios Nuestro Señor la tenía destinada.

Claret, «aquel hombre apostólico»

Si decimos que la Madre María Antonia París fue fundadora, con San Antonio María Claret, de la Congregación de **Religiosas de María Inmaculada Misioneras Claretianas**, sin duda que ya decimos mucho. El haber dado vida juntamente con el gran Apóstol español del siglo XIX a una Institución religiosa es por sí mismo significativo de algo importante. Sin duda, ni la vida ni la misión de la Madre María Antonia París se explican en su meollo más íntimo sin la presencia de San Antonio María Claret, pero tampoco la vida y misión de San Antonio María Claret se podrían explicar en su totalidad sin la presencia y la acción de la Madre María Antonia París de San Pedro. La misma presencia evangelizadora de San Antonio María Claret por tierras catalanas se debería a las oraciones de esta mujer. Por lo menos, así lo creyó entender ella en una de sus experiencias místicas:

«Estando una noche en oración, anegada en un mar de lágrimas, rogando a Nuestro Señor que, por su Santísima Pasión y Muerte, tuviera compasión de **las Necesidades de la Santa Iglesia, que en aquel tiempo eran muchas**, me dijo Nuestro Señor señalándome con el dedo a Mosén Claret como yo lo viera allí, entre Nuestro Señor y yo: «ÉSTE ES, HIJA MÍA, AQUEL HOMBRE APOSTÓLICO QUE CON TANTAS LÁGRIMAS, POR TANTOS AÑOS SEGUIDOS, ME HAS PEDIDO» (Aut. 19).

En respuesta a **estas necesidades de la Santa Iglesia que en aquel tiempo eran muchas**, será preciso explicar todo el ser y todo el quehacer de la Madre María Antonia París de San Pedro.

Tendremos que describir ahora a grandes rasgos la situación socio-religiosa, la situación eclesial, de la España del siglo XIX, porque toda la acción de esta mujer, en muchas ocasiones coordinada con la acción del propio San Antonio María Claret, estuvo ordenada a hacer frente a las necesidades de la Iglesia de su tiempo.

El vendaval que arrasó la «Cristiandad»

Lo mismo que, como hemos dicho anteriormente, el edificio del Antiguo Régimen se vino abajo por el hundimiento de los pilares en que se venía sustentando desde siglos, también en el ámbito de la Iglesia se produjo el mismo fenómeno: el total resquebrajamiento de las estructuras sobre las que se apoyaba el viejo edificio de la **CRISTIANDAD**.

A lo largo de la Historia de la Iglesia ha habido siempre individuos e incluso grupos más o menos numerosos que han contestado o se han rebelado contra determinadas verdades o situaciones eclesiales, dando lugar a herejías y cismas. Pero en el siglo XIX no fue un individuo ni un grupo sino la **SOCIEDAD** en cuanto tal la que contestaba una **situación generalizada** en la Iglesia.

Esta contestación de la Iglesia por parte de la Sociedad no surgió de repente en el siglo XIX, sino que, fue fruto directo de la Ilustración del siglo XVIII. El siglo XIX, ni su inmediato predecesor el siglo XVIII presentaban una colectividad fervorosa de fieles por un lado y, por otro, unos audaces asaltantes atacando a la Iglesia desde fuera. Los Ilustrados más furibundos como pudieron ser Voltaire, Helvetius, La Metrie, Diderot, etc., crecieron en el seno mismo de la Iglesia, puesto que todos fueron alumnos de los Colegios de la Compañía de Jesús. Como muy bien ha dicho L. J. Rogier, «los libros no descristianizaron a Francia y a los restantes países de Occidente; la descristianización tomó forma en los libros, pero lo que éstos sacaban a plena luz se había venido propagando en la sombra desde hacía mucho tiempo. Incluso antes de que finalizara el siglo XVIII era ya perceptible un enfriamiento progresivo de la vida de fe. Para muchos en el siglo XVIII la Religión, más que en una convicciones, consistía en una sumisión a los poderes unidos de la Iglesia y del Estado, en la conformidad con un conjunto de tradiciones, de normas, de convencionalismos que evitaban la quiebra del orden social» (**Nueva Historia de la Iglesia, IV**, Madrid 1977, pág. 17)

La Revolución francesa echó por tierra todo el Antiguo Régimen. Y con él, en buena medida, se vino abajo también todo el contexto eclesial en el que se estaban moviendo los hombres del siglo XVIII. Por eso es acertada la expresión de G. De Bertier de Sauvigny, cuando dice: «Cuando Noé salió del arca después del diluvio no debió de encontrar el mundo tan cambiado como un hombre del siglo XVIII al sentirse lanzado al nuevo siglo que se abría con el año 1800. un mundo, una civilización se hundían, después de haber prestado

albergue durante siglos al edificio religioso, dejando adivinar confusamente que de sus ruinas habrá de surgir una sociedad nueva» (**Nueva Historia de la Iglesia, IV**, Madrid 1977, pág. 241).

Otra vez las estadísticas

En España toda esta subversión del estado tradicional, tanto por lo que se refiere a la Iglesia como a la sociedad en general, tardará aún un tiempo en llegar. Pero cuando llegue causará estragos aún mayores. La Iglesia española, a lo largo del siglo XIX tiene que enfrentarse a un giro verdaderamente espectacular. Y más concretamente aún las Órdenes Religiosas. Baste este dato: A principios del siglo XIX existían en España más de 70.000 religiosos. En 1840, después de toda una serie de leyes persecutorias contra la Vida Religiosa no quedaban en sus conventos nada más que 750 religiosos.

A principio del siglo XIX es justo constatar en España la presencia de un **excesivo número de clérigos**. Para una población que no sobrepasaba los 10.000.000 de habitantes había **83.000 curas seculares**, más los **70.000 religiosos** a los que había que añadir una 30.000 monjas de clausura. Puede ser ilustrativo del exceso de clero estos datos referidos a la ciudad de Toledo: Para una población de 12.000 habitantes había a principios del siglo XIX 27 parroquias; 15 conventos de frailes y 23 conventos de monjas.

No cabe duda de que había una auténtica inflación de «personal de Iglesia». Y lo peor no era un número de por sí tan elevado, sino las motivaciones poco dignas por las que muchos se inscribían en las filas del clero, o de la **carrera eclesiástica**. Semejante **inflación clerical** desembocó en un **clericalismo innecesario**, un afán de dominarlo todo en la sociedad. Y, como consecuencia natural de un número desproporcionado fue la escasa o nula preparación y, sobre todo, una desmedida preocupación por los intereses económicos, dando origen a los famosos **curas de misa y olla** que tantas páginas satíricas de nuestra literatura han llenado.

Las paradojas de una Iglesia poderosa y rica

Por otra parte, si bien es cierto que existía un buen número de clérigos y de religiosos absolutamente dignos y preocupados por el bien espiritual de sus comunidades eclesiales, con un tenor de vida verdaderamente pobre, excesivamente pobre sobre todo entre los curas rurales, la Iglesia en cuanto tal era **institucionalmente poderosa y rica**. Los Obispos, por ejemplo, gozaban del mismo rango que la nobleza; y se daba la tremenda paradoja de que nada menos que el Superior General de los Franciscanos, es decir de los **Hermanos Menores**, tenía el título de **Grande de España** y como tal era recibido y se le tributaban los honores correspondientes a su paso por las distintas ciudades españolas.

Ésta era la paradójica imagen que la Iglesia transmitía de sí misma. Mientras la mayor parte del clero, tanto secular como regular, vivía pobremente y en estrecha cercanía de las gentes humildes, la **Iglesia oficial**, representada por el **alto Clero** y por los estamentos oficiales de las Órdenes religiosas, formaba parte de la alta sociedad, pensaba como ella y participaba de una injusta distribución de derechos y privilegios. Era una Iglesia que, oficialmente, transmitía una **imagen de poder y riqueza** que no se avenía ya con los aires de **igualdad, libertad y fraternidad** que estaban barriendo todo el continente europeo desde la Revolución francesa.

Escasa atención a los signos de los tiempos

A fuer de honestos, es preciso reconocer que la Iglesia estuvo poco atenta a los **signos de los tiempos**; no supo medir ni sacar las consecuencias del giro verdaderamente copernicano de la Ilustración y de su hija directa la Revolución francesa de 1789. y es tanto más doloroso cuanto que de ese modo, la Iglesia se dejó arrebatar unas **banderas** que son patrimonio suyo, porque son de origen netamente cristiano, las banderas que están en la base del mundo moderno, porque si algo hay genuinamente evangélico es la **LIBERTAD, LA IGUALDAD Y LA FRATERNIDAD**: La **libertad de las personas**, la **igualdad fundamental de todos los hombres** y la **fraternidad traída por Cristo**, porque, en definitiva, el cristiano podrá renunciar a muchas cosas, pero nunca podrá renunciar a ser **libre, igual y hermano**.

Cuando los políticos juegan a reformar la Iglesia

La Iglesia en España estaba necesitando una reforma en profundidad. Hubo varios intentos. Primero, Napoleón, después de entronizar a su hermano José, el «Pepe Botella» de nuestros Manuales de Historia de España. Pero esta reforma se redujo a la supresión de conventos y de instituciones eclesiásticas con la finalidad de apoderarse de sus bienes. Después, las Cortes de Cádiz, pero, al estar éstas dominadas por los Liberales, no pudieron menos de hacer también una reforma sectaria. Aunque justo es reconocer que el **Liberalismo** no nació en España en contra de la Iglesia, sino como un movimiento reivindicativo de la **soberanía popular**, pero al considerar a la Iglesia como estrechamente ligada a la Monarquía absoluta, también las instituciones eclesiásticas y, sobre todo, los religiosos, fueron víctimas de las innovaciones liberales.

Lógicamente, una reformas intentadas **desde fuera de la Iglesia**, nunca pueden ser positivas para la **interna renovación de la Iglesia**. Y éstas, por supuesto, tampoco lo fueron. De ahí que al producirse los sucesivos movimientos pendulares del **extremo del Liberalismo** al **extremo del Absolutismo**, la Iglesia fue siempre la víctima. Víctima del Liberalismo y víctima del Absolutismo de Fernando VII. Porque si el Absolutismo fernandiano reformaba las disposiciones antieclesiásticas del Liberalismo, devolviéndole todos los bienes y todos los privilegios que éste le arrebatara, era para que la Iglesia le sirviera de apoyo moral a su despótica manera de gobernar. Con su **protección**, Fernando VII le arrebató a la Iglesia española todo el **mordiente crítico y profético** que ésta iba adquiriendo en los demás países de Europa.

Una pavorosa crisis de identidad eclesial

De todo ello se sigue que la Iglesia española estaba atravesando una **pavorosa crisis de identidad** que acalla urgente una **reforma interior** que la hiciese sintonizar de verdad con aquel mundo nuevo que pugnaba por aflorar a la superficie. El **anticlericalismo** que tenía muy buenos soportes en los comportamientos de la Iglesia y de los clérigos en general exigía una respuesta pastoral que habría de empezar por la **conversión** de los Pastores. Era de todo punto necesario poner de relieve en la conducta de los clérigos y en la praxis pastoral de los mismos los aspectos más espirituales del ser cristiano y del ser Iglesia, prescindiendo, al mismo tiempo, de muchas de las temporalidades que no hacían nada más que comprometer no sólo su prestigio externo, sino, sobre todo, la acción propiamente espiritual de la Iglesia.

La Reforma interior era ya el único medio capaz de anular las críticas de los adversarios y detractores de la Iglesia. Porque ésta, durante el primer tercio del siglo XIX estaba ofreciendo una imagen verdaderamente endurecida, reaccionaria incluso, muy poco atenta a los nuevos retos que el **mundo moderno** y la **nueva cultura** estaban planteando, los cuales no eran malos en sí mismo, pero, debido a la falta de diálogo o más bien a las condenas en bloque lanzadas contra ese mundo y contra esa cultura por los Jerarcas de la Iglesia, se trocaron en un auténtico peligro, siendo así que las nuevas libertades, como toda auténtica libertad, no pueden ser jamás perjudiciales para la Iglesia ni para su acción en el mundo. Todo lo contrario, el verdadero peligro siempre ha estado, para la misma Iglesia, en la falta de libertad.

La Vida Religiosa condenada a la desaparición

Después de la muerte de Fernando VII (1833), difícilmente podía la Iglesia haberse hecho más ilusiones que las suscitadas por la primera alocución de la Regente María Cristina durante la minoría de edad de Isabel II:

«... La religión inmaculada que profesamos, su doctrina, sus ejemplos, sus ministros, será el primero y más grato cuidado de mi Gobierno».

Estas palabras tuvieron el efecto de adormecer a la opinión pública hasta que se despertó con el crepitar de las llamas que reducían a cenizas los conventos y con el tableteo de los disparos secos que sesgaban vidas indefensas, en la matanza de frailes en Madrid, Zaragoza y Barcelona (1834). Y esto no fue nada más que un preludio del ataque radical contra la Iglesia y contra sus instituciones, sobre todo contra las Órdenes Religiosas. Apenas en tres años, con la presidencia del Consejo de Ministros en manos de Martínez de la Rosa y, sobre todo de D. Juan Álvarez Mendizábal, fueron confiscados todos los bienes de los religiosos y después suprimidos los conventos y exclaustrados forzosamente los religiosos. Disposiciones que afectaron a más de 24.000 frailes.

La Vida Religiosa se podía considerar como eliminada definitivamente, porque no solamente se destruían las realidades existentes, sino que se imposibilitaba su existencia futura mediante una serie de disposiciones que prohibían recibir nuevos candidatos en los noviciados, y centros de formación.

La Madre María Antonia París de San Pedro fue una de las víctimas directas de esta legislación antieclesial, porque, deseosa de consagrarse a Dios en la Vida Religiosa, pidió la admisión en el Convento de la Compañía de Tarragona, donde tuvo que permanecer casi diez años en calidad de aspirante por la prohibición que pesaba sobre los conventos de admitir al noviciado y a la profesión. de este Convento de la Compañía de María saldrá sin haber profesado, para dirigirse a Santiago de Cuba a poner en práctica la inspiración recibida del Señor a poco de su ingreso en la Compañía de María, de fundar una **Orden nueva, nueva no en la doctrina sino en la práctica**.

La verdadera reforma de la Iglesia

Sin duda, la reforma de la Iglesia era algo apremiante. Pero esta reforma no podía provenir ni de las instituciones políticas, ni siquiera de las instancias jerárquicas instaladas en una situación dada que se caracterizaba por la connivencia con el antiguo régimen de cosas. La reforma de la Iglesia habría de llegar por medio de hombres y mujeres entregados al evangelio y a la caridad a favor de los más necesitados.

Se ha dicho que a quienes nacieron en la primera mitad del siglo XIX español, como es el caso de María Antonia París que nació en 1813 o San Antonio María Claret en 1807, les tocó nacer en un invierno y florecer en un desierto. Aunque yo creo que sería mejor decir que Antonio María Claret y María Antonia París fueron capaces de trocar el invierno en una floreciente primavera de amor a favor de la Iglesia; y el desierto en un exuberante jardín de vida y santidad cristianas. No fueron ellos los únicos que trabajaron por **restaurar la hermosura de la Iglesia**. El siglo XIX fue también el siglo de Santa Joaquina de Vedruna, de Santa Micaela del Santísimo Sacramento, de Santa Soledad Torres Acosta, de Santa Vicente López Vicuña, de la Beata Rafaela del Sagrado Corazón, de la Beata Madre Molas, de la Beata Sor Ángela de la Cruz, del Beato Francisco Coll, del Beato Padre José Mañanet, del Beato Enrique de Ossó, y tantos y tantos Fundadores y Fundadoras de Institutos religiosos que no han sido todavía beatificados, pero cuyos procesos de Beatificación se hallan muy adelantados como puede ser el caso de la misma Madre María Antonia París de San Pedro.

Yo quisiera poner ahora de relieve la acción de la Madre María Antonia París de San Pedro a favor de esa tan deseada REFORMA DE LA IGLESIA a lo largo de todo el siglo XIX español. Sin duda que todos esos Santos y Santas que acabamos de mencionar trabajaron por la reforma de la Iglesia, porque quien logra reformarse a sí mismo hasta el grado de merecer el honor de los altares, no puede llevar a cabo un trabajo mejor a favor de la Reforma de la Iglesia. Fueron muchas **hogueras de amor** encendidas a favor de los pobres, de los marginados, de los enfermos, de los niños abandonados. En un tiempo en el que el pueblo llano, el pueblo sencillo se sentía abandonado por los estamentos dirigentes del Pueblo y en el que la Iglesia, anclada en viejas posiciones, tampoco daba soluciones nuevas a problemas nuevos, en parte porque el mismo Estado le había arrebatado sus bienes con los que anteriormente podía atender a la Beneficencia y a las Obras de Misericordia, no van a faltar personas entregadas a Dios y a los hermanos que van a luchar por promocionar a este pueblo sencillo. Es la legión de Fundadores y Fundadoras que surgen a todo lo largo del siglo XIX. Unos se preocuparán de la enseñanza, otros de los enfermos, otros de los ancianos. Y con sus respectivas acciones van renovando parcelas concretas de la Iglesia.

Una nueva manera de situarse frente al mundo

Pero en el siglo XIX había un problema más acuciante para la Iglesia. Se trataba de encontrar una **nueva manera de situarse** frente al hombre y frente a la sociedad en general. Si la Revolución Francesa había echado por tierra todo el Antiguo Régimen, aquel Régimen en el que la Iglesia había sido capaz de insertarse válidamente como una respuesta para sus problemas. Ahora, esa forma de encarnación eclesial propia de tiempos anteriores ya no podía ser significativa de nada. Si antes la Iglesia, para evangelizar necesitó encarnarse en unas estructuras de poder político, económico y cultural, ahora esa imagen de una Iglesia poderosa y rica no solamente no testimoniaba el Evangelio sino que era más bien un contratestimonio.

La Madre María Antonia París de San Pedro comprendió muy bien este cambio de dirección en la marcha de la sociedad y del mundo, y por eso pedía, sin duda por inspiración de Dios una nueva actitud de la Iglesia a fin de que su testimonio fuese legible para el hombre nuevo, surgido de la era de la Ilustración. Por eso, se va a entregar en cuerpo y alma a favor de la REFORMA GENERAL de la Iglesia. No se va a preocupar por esta o por aquella parcela del Pueblo de Dios, de la Iglesia, sino de la Iglesia en cuanto tal, en su totalidad. Ciertamente, ella y las religiosas por ella fundada, entre otras actividades apostólicas abrirán Colegios, pero no son una Congregación dedicada a la Enseñanza en exclusividad, sino que, desde la identidad más profunda tanto de San Antonio María Claret como de la Madre María Antonia París, tendrán como finalidad LA ENSEÑANZA DE LA LEY SANTA DE DIOS A TODA CRIATURA. Y para ello se servirán de todos los medios, **en todo y por todo...y hasta morir**, como dice explícitamente el **Blanco y Fin principal** del Instituto.

Un concreto programa de reforma

De este poner el pie la LEY SANTA DEL SEÑOR se seguirá necesariamente la Reforma General de la Iglesia. Incluso, por inspiración especial de Dios redactará un **memorando** sobre la Reforma General de la Iglesia que, por mediación de San Antonio María Claret, será presentado al Papa Pío IX. Y aunque el Papa no lo juzga viable en aquellos momentos concretos de la Iglesia, no es menos cierto que en el Discurso programático de convocación y de apertura del Concilio Vaticano I, Pío IX se expresará en varias ocasiones en términos idénticos a los contenidos en el Programa de Reforma de la Madre María Antonia París. No pretendemos afirmar que Pío IX haya copiado o se haya servido de un escrito que inicialmente había considerado no viable en aquella concreta situación eclesial, sino que la Madre París ponía el dedo sobre las llagas de una situación eclesial que exigía una reforma.

Por otra parte, el mencionado Programa de Reforma General de la Iglesia no quedó inoperante, sino que se demostró extraordinariamente eficaz porque sirvió de punto de partida para un Programa de Gobierno para las Diócesis escrito por el Padre Claret cuando regresaba de Santiago de Cuba a Madrid para ser Confesor de la Reina Isabel II. Él mismo le dio tanta importancia a ese escrito de la Madre María Antonia París, que no satisfecho con haber servido de intermediario para presentarlo a Pío IX, hizo un resumen del mismo y lo incorporó como un **Apéndice** a su propia **Autobiografía**.

Pero la Madre María Antonia París no se limitó a detectar, sin duda por una iluminación peculiar del Espíritu, una calamitosa situación eclesial y señalar una serie de remedios eficaces para devolverle a la Iglesia su condición de signo esplendoroso del Señor Jesús, sino que empezó por vivir en profundidad lo que ella se creía obligada en conciencia a exigir a toda la Iglesia, empezando por sus Jerarquías supremas.

Después de describir el marco socio-cultural en el que María Antonia París realizó la misión para la que Dios la había elegido, intentaremos trazar una breve semblanza de su andadura interior por los caminos del espíritu, valiéndonos de unas ideas que expusimos en esta misma ciudad de Reus con ocasión de la clausura del Proceso Histórico de su causa de Beatificación, el 23 de mayo de 1983.

El mensaje espiritual de María Antonia París sigue siendo absolutamente válido, más válido que nunca en pleno siglo XX, porque toca lo medular del Evangelio de Jesús y lo más nuclear de la vida y misión de la Iglesia.

Para comprender en toda su hondura a la Madre María Antonia París, es necesario haber recorrido el mismo camino y haber realizado la misma experiencia espiritual: Un **camino apostólico** y una **experiencia contemplativa** que se demuestran todavía validísimos para el mundo y para el hombre de nuestro tiempo. Ella se muestra como una mujer de ideas limpias, fuertes, profundas, frescas como un manantial y, sobre todo, vividas con una coherencia y una hondura tal que se convierten en **ideas-fuerza, ideas-clave, ideas-vida** a lo largo de toda su andadura terrenal. Unas ideas tan abismales que en el fondo de las mismas se toca necesariamente, como lo hizo ella, **lo absoluto de Dios, y lo relativo de las cosas creadas**, a través de las cuales, sin embargo, hemos de llegar a lo absoluto de Dios.

Toda la existencia de María Antonia París osciló entre dos polos:

Pobreza evangélica y Ley Santa de Dios

Seguimiento de Cristo

Seguimiento de Cristo que realiza el total vaciamiento de sí misma; olvido absoluto de su propio yo para ser pura oferta, pura entrega en las manos de Dios. Y **Ley Santa de Dios** que exige una total y absoluta configuración, desde una permanente contemplación de sí misma, a fin de poder comunicarla, poder enseñarla a los demás, sin buscarse a sí misma.

Pobreza evangélica y Ley Santa de Dios, contemplada y predicada, que se concentran en el **seguimiento del Cristo pobre, del Cristo vaciado de sí mismo** (Filp. 2, 6) y del **Cristo misionero, del Cristo enviado** para **realizar** en sí y **enseñar** a los demás la Ley Santa de Dios, la voluntad de Dios Padre.

Vacío de sí misma y configuración de la Ley Santa de Dios son dos polos que en la vida de María Antonia París se van aproximando hasta convertirse en uno sólo con rostro de Cristo pobre, crucificado, Rey de la Gloria y, a la vez, dador del Espíritu para la **cristificación** de la Iglesia y de la Humanidad, porque nadie puede confesar que Jesús es el SEÑOR sino por la fuerza del Espíritu.

Frente a Dios, María Antonia París vive en pobreza radical, se hace vacío total de sí misma. «Siguiendo las pisadas de Cristo Nuestro Bien» ella pasa a través de una áspera experiencia de dura, desnuda e integral pobreza material que ella hace vida evangélica para sí y para el Instituto por ella fundado. Esta experiencia radical de pobreza la vació de toda posible seguridad que no fuera Dios; la despojó de toda posible ilusión, de todo apego y de toda espera que no fuese la ilusión y la espera de sólo Dios. Ese Dios que se torna presencia que embriaga de alegría el corazón que se le abre de par en par, pobre y humilde, en una oración que es amor en lo más secreto (Mt. 6, 6).

Bienaventurados los pobres, porque la plenitud del Bien, la plenitud de toda riqueza que es Dios, sólo pide un corazón vacío que lo acoja. La pobreza de María Antonia París es una pobreza así, una pobreza radical, capaz de excavar el vacío de sí misma para llenarse toda de Dios. Una pobreza que implica una amplia gama obediencia-amor-humildad capaz de hincar de rodillas ante el ALTÍSIMO PADRE, no sólo su persona, sino incluso aquel fondo de su ser humano donde anida negligente y doble **el yo del orgullo**.

Pero no llega uno a vaciarse y hacerse pobre de sí mismo, hasta el punto de hacer la experiencia del Reino prometido a los pobres, es decir, la **comunión** con el Padre y con su Hijo Jesucristo sin antes gozar, alegrándose, como lo hizo María Antonia París de San Pedro, de esa heroica pobreza, trabajo, tribulación, ignominia y desprecio del mundo, que fue la herencia del Hijo de Dios y de su pobrecilla Madre, María Virgen; y que será siempre, **siguiendo las pisadas de Cristo nuestro Bien** (Blanco y Fin), la herencia que lleva

a la tierra de los vivientes: «Aquella vida que existía en el Padre y ha sido manifestada a nosotros» en la Humanidad pobre de su Hijo encarnado.

Enseñar la Ley Santa de Dios a toda criatura

Es el secreto de María Antonia París de San Pedro — el secreto de su realización como mujer, como cristiana y como Fundadora de un Instituto religioso al que ella trasmite todo su espíritu — está en haber querido y buscado en la raíz de toda su existencia esa **herencia de pobreza y de sufrimiento** por amor de Cristo pobre y de su Madre, Santa María Virgen; y en haberse lanzado, en Cristo y por Cristo, de la Mano de San Antonio María Claret, hasta el grado sumo a la tarea de la **enseñanza de la Ley Santa de Dios a toda criatura** (Blanco y Fin).

Llegará un momento en la vida de la M^a Antonia París de San Pedro en que, desprovista de todo apoyo humano, desligada, abierta, disponible a la plenitud del BIEN que brota como manantial gozoso del seno del Padre e inunda de secreta dulzura el corazón del hombre, se lanzará, como la flecha al blanco y como el hierro hacia el imán que lo atrae, al amor único de Dios «que endulza todas nuestras amarguras, suaviza las cosas más ásperas, facilita las difíciles y nos lleva en sus brazos». Y entonces ya no importan ni los sufrimientos ni las cruces, «pues el Amor lleva la carga sin carga, y aunque sea muy pesada, con el Amor no la sentimos» (**Aut. Oración de la mañana**).

Pero ese profundo y radical desarraigo, ese exhaustivo vaciamiento de sí misma, no finaliza en ella misma, sino que se orienta, en María Antonia París, al cumplimiento de una misión, la misión recibida de Dios cuando le encarga la fundación de una Orden nueva: **La enseñanza de la Ley Santa del Señor a toda criatura**.

En el estrecho marco de cuatro muros clausúrales, María Antonia París vive y realiza la misma **itinerancia apostólica** que impulsó a aquel **huracán apostólico** que fue San Antonio María Claret, a recorrer todos los caminos de España y de Cuba. Es la **itinerancia apostólica** de quien se sabe **siempre en camino** hacia el Reino, y **no ha llegado ni llegará nunca jamás aquí abajo**, antes por el contrario, experimenta en cada instante de su vida la prisa de la noche pascual, y la urgencia de llevar a todos los hombres la gran noticia del Evangelio.

Seguir las pisadas de Cristo nuestro bien

Ni siquiera su amado claustro tiene el poder de sustraerla de ese su andar espiritual — peregrina y forastera en este mundo — revestida de la pobreza del Señor Jesús y de su Madre pobrecilla, Santa María, ni tampoco impedirle su **itinerancia en la fe y en la pobreza** que reconoce como propia una sola morada: la **Humanidad pobre y crucificada del Señor Jesús**, y la **humanidad dolorida** de esos **mis pequeños hermanos** que con Jesús se identifican y que constituirán la medida según la cual seremos examinados en la hora de la verdad y del amor.

Solamente así, como San Antonio María Claret que sin alforja, sin dinero, siempre en camino, se está en condiciones de ser enviados por el mundo, sin más preocupación ni más bagaje que la PALABRA del Señor que nos quema dentro y que tenemos que comunicar. Solamente así, como Claret, como María Antonia París, se es de verdad ENVIADOS, MISIONEROS. Porque se va en nombre de Dios, olvidándose del propio yo.

Por eso mismo, la pobreza de María Antonia París la convierte en **itinerante del espíritu**, en un camino de fe, de éxodo permanente, hacia la tierra prometida, sin seguridades humanas, sin morada fija en este mundo, sin lugar donde reposar la cabeza, como Cristo. La **itinerancia** de María Antonia París es la de quien no se siente nunca **en casa**, ni siquiera entre los muros de su amado convento. Porque **quien ha llegado a casa**, corre el tremendo peligro de **sentirse seguro, cómodo**; corre el riesgo de no tener más que desear como no sea el **aferrarse** e incluso **mejorar** su **pequeña covachuela**, aunque sea nada más que una covachuela monástica.

Quien, como María Antonia París se siente enviada por el Padre a recorrer todos los caminos del espíritu, pero también todos los caminos del mundo, no puede aspirar a tener una **morada fija, estable**, porque solamente así podrá **seguir las pisadas de Cristo nuestro Bien**, que no tenía donde reclinar su cabeza. Como el propio San Antonio María quien en una carta dirigida precisamente a la Madre María Antonia París, le decía: «Mis deseos son, como siempre, recorrer el mundo entero predicando el Evangelio, y sellar con mi sangre las verdades evangélicas que predico como mi Divino Maestro y amado Jesús».

Acción y contemplación

De la **pobreza** que se hace **cavidad** para Dios en la fe, y entrega incondicional en la disponibilidad para el servicio del hermano; y en la **itinerancia** que se hace fatiga y dolor para **hacer fácil el camino** de la salvación de los demás, para María Antonia París no hay nada más que un paso: El paso de la **acción** que se

hace **contemplación**. El paso es tan breve que casi no hay paso, que casi no hay distancia. **Hacerse pobres es hacerse contemplativos**, porque es abrirse al Espíritu que es el Padre de los pobres; es hacerse dóciles al Espíritu que ha llevado al Verbo hasta el Seno de la más pobre, de la más dócil, la Virgen pobre de Nazaret.

La **contemplación** y la **enseñanza de la Ley Santa de Dios a toda criatura**, son así, génesis de Cristo en nosotros y maternidad de María para la Iglesia y para todos los hombres. Y nada debe anteponerse a ese contemplativo abrirse de par en par al Espíritu que fecunda a su Iglesia, haciéndola Madre de un CRISTO que se encarna día a día, siguiendo sus pisadas de pobreza y humildad. Por eso la **clausura contemplativa** de María Antonia París se identificó con la **libertad apostólica** de San Antonio María Claret. Porque solos de tú a tú con Dios; o de tú a tú con Dios en medio y por medio de los hermanos a quienes se ha sido enviados en misión salvífica, es decir, la **clausura silenciosa** o la **voz lanzada a los cuatro vientos cardinales**, ambas se inscriben en un hacerse acogida humilde al Espíritu del Señor para dar a Cristo a la Iglesia por medio de la fe, como por medio de su carne bendita lo dio Santa María Virgen a toda la Humanidad. Santa María Virgen se constituye así, para Antonia París y también para San Antonio María Claret, en modelo y prototipo de **estación Terminal** del **encuentro contemplativo** con Dios.

Colaboración con María en su función maternal sobre el Pueblo de Dios

Es el **contexto mariano-esposal** que revela hasta qué punto María Antonia París tuvo conciencia de haber sido llamada a revivir contemplativamente el misterio de María, Madre del Señor, como un campo siempre abierto en el silencio a la obra fecunda del Espíritu. Ella se veía a sí misma y su función en la Iglesia y para la Iglesia. Encontraba en el misterio de María en la Anunciación el modelo de su propia experiencia, como enviada del Señor a ser portadora de la Palabra, de la Ley Santa del Señor a toda criatura; alargando así la presencia del Verbo encarnado a todos los ámbitos del mundo, a fin de que el Verbo Encarnado nacido de María «nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles», como dice el Vaticano II en la Constitución Lumen Pentium (n. 65).

Configuración total con Cristo

En la raíz de todo el camino espiritual de María Antonia París hay una **moción** del Espíritu, una **inspiración**, un **carisma** que la mueve a seguir a Cristo para «estar con Él y ser enviada a anunciar el Evangelio» (cfr. Mc. 3,3). En la medida en que eso se realiza, en la fe, en un puro perderse en Cristo, la operación del Espíritu Santo, por su mediación de configuración con Cristo, fecunda a la Iglesia entera haciéndola germinar, como en el seno de María al Hijo de Dios Altísimo.

Por eso, Antonia París de San Pedro, asida a Cristo, como virgen pobre, sin la pesadez del bagaje para el camino, se identifica, se configura con su Humanidad crucificada y dolorosa, frente a la plenitud de un BIEN, el PADRE, que colma de alegría, de la alegría de la bienaventuranza de los pobres a quien así se identifica con su HIJO. La Madre María Antonia París no lo pudo expresar más bellamente que en estas recomendaciones a quienes se sienten llamados a proseguir la misma misión del Hijo Encarnado:

«Ore el misionero con Cristo, orando; viaje con Cristo, viajando; coma con Cristo, comiendo; beba con Cristo, bebiendo; duerma con Cristo, durmiendo; sufra con Cristo, sufriendo; predique con Cristo, predicando; descansa con Cristo, cansado; y viva con Cristo, muriendo, si quiere entrar en la vida con Cristo, reinando» (**Misionero Apost., 31**).

Un don de Dios para la Iglesia

Este 17 de enero de 1985 es un día hermoso. Hermoso para la Familia Claretiana; y es hermoso también para todo el Pueblo de Dios que es la Iglesia. Pero es un día hermoso porque encierra exigencias formidables para toda la Familia Claretiana y también para toda la Iglesia.

La razón me parece muy sencilla. María Antonia París de San Pedro fue, sin duda, un don de Dios para toda la comunidad cristiana. Y cuando Dios concede un don, un carisma a algún cristiano, lo hace siempre con una finalidad comunitaria y eclesial. María Antonia París de San Pedro acogió el don de Dios explicitando para la Iglesia y en la Iglesia un **modo peculiar de ser** y de **hacer**. Y todos los cristianos están llamados y obligados a hacer suyo, en su dimensión más íntima ese don de Dios, ese rasgo del Evangelio que quizás estuviese demasiado olvidado, y que el Espíritu, a través de María Antonia París de San Pedro ha «recordado» a todos los cristianos. De este modo, lo que un día fue don concedido a esta concreta mujer, se ha convertido en **patrimonio común** de todo el Pueblo de Dios.

Pero es también, hemos dicho, un día de exigencias formidables para toda la Familia Claretiana porque a ella le incumbe de alguna manera peculiar ser la **memoria permanente** en la Iglesia, y **visibilizar** en la Iglesia la fuerza interior de ese don concedido por el Espíritu a María Antonia París de San Pedro.

Si yo quisiera sintetizar de alguna manera lo más nuclear del DON del Espíritu concedido a esta mujer para que ella lo visibilizara, lo actualizara en el Pueblo de Dios, no encontraría otras palabras más adecuadas que aquellas que ella misma colocó en el frontispicio de las Constituciones que legó al Instituto por ella fundado, juntamente con San Antonio María Claret y que dicen así:

«... trabajar hasta morir en enseñar a toda criatura la Ley Santa del Señor... Mirando en todo y por todo la conversión de todas las personas consagradas al servicio de Dios y la conversión de todo el mundo, a mayor gloria de Dios y de su Santísima Madre».

El mensaje de María Antonia París, a los cien años de su muerte, sigue vivo y operante en la Iglesia. La mejor demostración es la presencia de todos Ustedes en este acto conmemorativo, no de su muerte, sino de la presencia en la Iglesia del mismo DON que ella recibió y que, de la mano de San Antonio María Claret transmitió a la Iglesia, a toda la Iglesia como una herencia preciosa. Y que yo me atrevería a resumir así:

— Un amor profundo a la POBREZA EVANGÉLICA, que, como ella misma decía, es la llave maestra que introduce la Ley Santa de Dios en el corazón de los fieles.

— Juntar la acción con la contemplación, a fin de transmitir a los hermanos el amor ardiente de Cristo que se ha hecho realidad viva en el propio espíritu.

— HACER FÁCIL el camino a los demás, aunque a uno le cueste ir delante **haciendo camino** a fin de que quienes vienen detrás tengan acceso fácil al encuentro con el Señor Jesús.

Ésta fue María Antonia París de San Pedro que hoy hace exactamente 100 años moría o mejor nacía para la vida definitiva en esta Ciudad de REUS.